

SEDMED

Seguridad y Defensa en el Mediterráneo



URGELL, Jaume (2006) “Medidas para la creación de confianza y de seguridad en la región del Mediterráneo: un instrumento para el fomento de la seguridad humana”, en SOLER i LECHA, Eduard y MESTRES, Laia, *V Seminario Internacional sobre Seguridad y Defensa en el Mediterráneo. La seguridad multidimensional*

Barcelona: CIDOB/Ministerio de Defensa, pp. 213-222

SEDMED
Seguridad y Defensa
en el Mediterráneo

www.sedmed.org

Este artículo es el resultado de la ponencia presentada en el V Seminario Internacional sobre Seguridad y Defensa en el Mediterráneo. La seguridad multidimensional, organizado en Barcelona por CIDOB y el Ministerio de Defensa los días 3 y 4 de Diciembre de 2006.

MEDIDAS PARA LA CREACIÓN DE CONFIANZA Y DE SEGURIDAD EN LA REGIÓN DEL MEDITERRÁNEO: UN INSTRUMENTO PARA EL FOMENTO DE LA SEGURIDAD HUMANA

Jaume Urgell

Colaborador del Programa Seguridad de la Fundación CIDOB

“Preferimos ser socios políticos a ser objetos de una estrategia”. Un participante del Sur en el IV Seminario sobre Seguridad y Defensa en el Mediterráneo, Barcelona, septiembre de 2005.

Puede decirse que la cita con que se abre este artículo resume algunas de las necesidades y expectativas de los países del sur del Mediterráneo con respecto a los diferentes diálogos políticos y estratégicos que se dan entre diferentes grupos de ellos y la UE, la OTAN y la OSCE, así como con países individuales de Europa, que en conjunto constituyen los principales actores políticos en este campo. En efecto, la cooperación entre el Norte y el Sur del Mediterráneo se está convirtiendo cada vez más en una serie de procesos burocráticos rígidos y estandarizados y en una retórica política que busca vender, a escala nacional e internacional, la imagen de una Europa generosa, y no el resultado de unas relaciones políticas que –por lo menos– tratan de abordar los temas políticos, económicos y culturales importantes que afectan a todas las partes.

Y sin embargo, ¿no pretendía la Conferencia Barcelona+10, celebrada por la Unión Europea (UE) y sus socios mediterráneos en noviembre de 2005, ser un foro político en el que los diferentes gobiernos pudiesen hablar de sus inquietudes e intereses comunes y alcanzar un acuerdo político más ambicioso en los diferentes pilares del Proceso de Barcelona, incluida la seguridad? Es posible que éstos fueran los bienintencionados deseos y esperanzas de muchos políticos, diplomáticos, estudiosos, ONGs y líderes corporativos de toda la región antes de la conferencia, pero difícilmente puede considerarse la organización de una reunión de alto nivel cada diez años como una receta de éxito en ningún proceso político. Y, posiblemente, la cooperación política y securitaria es el área que en mayor medida sufre las consecuencias de la falta de una clara voluntad de establecer una auténtica colaboración política euromediterránea.

Si dicho foro existiera, idealmente reuniría a los más importantes líderes para discutir regularmente sobre gran variedad de temas, así como para generar las condiciones para una discusión franca y abierta de aquellas

cuestiones sensibles. Esto contribuiría a crear un ambiente de confianza entre los líderes, provocaría discusiones y negociaciones entre ellos y los electores de su país, y daría a la opinión pública un indicio claro de que el diálogo Norte-Sur en el Mediterráneo está siendo tomado en serio por todas las partes, y que el dinero y las energías políticas invertidos en el mismo están siendo bien empleados. El espíritu de una colaboración como ésta sería de hecho muy similar a la propuesta, a escala global, de la Alianza de Civilizaciones que defiende el Presidente del Gobierno español en Naciones Unidas.

Sin embargo, son muchos los obstáculos que se interponen en el camino de una cooperación y colaboración política como ésta. La tesis principal de este artículo es que los socios de las diferentes partes del Mediterráneo actúan de acuerdo con unas concepciones políticas de las relaciones internacionales, así como sus propias definiciones y roles de soberanía y poder, fundamentalmente diferentes. Esto afecta de forma directa a los presupuestos y a las concepciones erróneas más habituales que tanto los socios del norte como los del sur tienen de los motivos de los otros, haciendo que el diálogo político sea difícil y engorroso, y reduciendo la posibilidad de construir un régimen de medidas de confianza y de seguridad para la región.

Empezaremos resumiendo el contexto actual de la cooperación entre el norte y el sur del Mediterráneo, identificando brevemente a los diversos países y a las organizaciones supranacionales e internacionales implicadas, así como algunos de los más importantes foros y acuerdos ya establecidos. Confiamos que ello contribuya a un mayor conocimiento de la complejidad de la cooperación para la seguridad en la región, que resulta ser una herencia de la evolución histórica de las diversas organizaciones y actores que han intervenido en ella. Prestaremos especial atención a la UE, la OTAN y la OSCE, tres organizaciones muy diferentes cada una de las cuales desempeña un papel muy importante en la región.

La segunda parte presentará un breve análisis de los puntos de vista, a nuestro entender, predominantes en el tema de la seguridad y las relaciones internacionales en diferentes grupos de países en la región. En ese apartado, discutiremos las consecuencias que tienen para la seguridad y la cooperación securitaria los conflictivos puntos de vista y marcos teóricos que usan los actores.

La tercera parte se centrará en el papel que desempeñan las medidas de confianza y de seguridad en los distintos acuerdos y su importancia en el contexto de la cooperación sobre seguridad euromediterránea. Ofreceremos en ella la definición tradicional estándar de las medidas de confianza y de seguridad como instrumentos pensados para incrementar la confianza entre estados (de Estado a Estado), y desarrollaremos un nuevo concepto en el que las distintas partes del acuerdo pueden ser actores de diferentes tipos: organizaciones internacionales, entidades regionales, estados (gobiernos o parlamentos), ciudadanos, etc. De hecho, ya se han ensayado algunas de estas medidas de confianza y de seguridad de nueva generación: los acuerdos OTAN-Rusia u OTAN-Ucrania, por ejemplo, no son regímenes tradicionales de medidas de confianza y de seguridad de Estado a Estado. Finalmente, expondremos y discutiremos algunas conclusiones y recomendaciones sobre cómo mejorar la cooperación en el ámbito de la seguridad en la región.

Actores

La región mediterránea ha sido durante mucho tiempo un área geopolítica estratégica. Las dos Guerras Mundiales del siglo XX, que tuvieron lugar principalmente en el lado europeo, tuvieron consecuencias importantes que se extendieron por el Sur y, durante la Guerra Fría, los equilibrios de poder y las alianzas en la región fueron muy relevantes tanto para los Estados Unidos como para la Unión Soviética. También es una región con una historia reciente de dominación colonial de una de las partes –el Norte- sobre la otra –el Sur-, que no se resolvió de forma tranquila y sin complicaciones. Además, por supuesto, está el conflicto árabe-israelí que entorpece mucho los esfuerzos encaminados a conseguir la paz y la estabilidad en la región.

Durante las últimas décadas, se han puesto en marcha varias iniciativas orientadas a establecer foros permanentes de debate y cooperación entre actores estatales. En 1975 se creó en Helsinki la Conferencia para la Seguridad y la Cooperación en Europa (CSCE), que más tarde se convirtió en la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE). El principal objetivo de esta iniciativa era reducir las tensiones entre el Este y el Oeste mediante una serie de medidas confirmadas en el Acta Final de Helsinki, y actualizadas en documentos posteriores, relativas sobre todo al intercambio de información sobre proyectos y presupuestos de seguridad y defensa, a la notificación previa de determinadas maniobras, así como al establecimiento de unos máximos en la adquisición de armas y en la concentración de tropas y armamento. En 1994, la OSCE inició un diálogo con los países del sur del Mediterráneo, que se formalizó con Argelia, Egipto, Israel, Jordania, Marruecos y Túnez. Este diálogo pretendía incluir a estos países en una red de acuerdos y prácticas de seguridad que habían sido útiles para Europa y darles la oportunidad de participar en las reuniones del Foro para la Cooperación en materia de Seguridad. Los países asociados del Sur, sin embargo, han tardado un poco en responder a la oferta de la OSCE y en general no se han mostrado muy entusiastas, aunque algunos de ellos participan en las reuniones y tienen abiertas oficinas diplomáticas en Viena (donde se encuentra la sede central de la OSCE).

La Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) se creó después de la Segunda Guerra Mundial como un foro preeminente para la seguridad de Occidente, bajo los auspicios de los Estados Unidos. En 1994, la OTAN decidió establecer un marco de cooperación con los países del sur del Mediterráneo. El Diálogo Mediterráneo de esta organización incluye a Egipto, Israel, Jordania, Mauritania, Marruecos y Túnez. En 2004, la Alianza dio un paso adelante para potenciar su política de cooperación con el Oriente Medio ampliado a través de la Iniciativa de Cooperación de Estambul, que fue interpretada por algunos como una consolidación y ampliación del Diálogo Mediterráneo, y por otros como un leve cambio de enfoque. Después de la caída del Muro de Berlín y del final de la Guerra Fría, la OTAN inició un proceso de cambio que culminó en el Concepto Estratégico de 1999, que reafirmó la necesidad de la existencia de una alianza para la seguridad en Occidente y redefinió sus prioridades dando más importancia a los conflictos regionales y al papel de la OTAN en la solución de los mismos. Éste fue el año de la Guerra de Kosovo y el final de una década que había visto muchos horrores de escala regional

en diferentes partes del mundo, pero particularmente en África (Rwanda, Somalia). El terrorismo internacional era una amenaza de la que los analistas de la OTAN, así como expertos de todo el mundo y de muchos gobiernos, eran muy conscientes, aunque se tratase de una amenaza que había permanecido relativamente contenida y cuyo impacto sobre la vida humana era incomparable con otras formas de violencia como la limpieza étnica.

Después del 11-S volvieron a cambiar las prioridades. Aunque el terrorismo internacional ha provocado un número limitado de víctimas en un sentido puramente comparativo, la ejecución de actos terroristas en suelo occidental y el dramatismo simbólico de los mismos han obligado a la OTAN y al mundo entero a prestar mucha más atención a este problema.

Dado que el terrorismo internacional está básicamente inspirado por una ideología islámica extremista, no tiene nada de extraño que el mundo musulmán se haya convertido en el centro de esta atención. El trasfondo de esta ideología, sin embargo, no es nuevo; se remonta al siglo XIX y a principios del siglo XX. No obstante, por razones cuya discusión no es el propósito de este artículo, su apogeo en cuanto a impacto y atención mundial ha tenido que esperar al final de la Guerra Fría, a la emergencia de un liderazgo indiscutible en forma de poder hegemónico, a la revolución en las telecomunicaciones y a la llegada de la sociedad de la información, así como a la existencia de países-refugio. La importancia del Mediterráneo para los objetivos estratégicos de la OTAN es muy clara. Funcionarios de alto rango de dicha organización se han referido recientemente a la posibilidad de estructurar un Partenariado para una Iniciativa de Paz para los países del sur del Mediterráneo, lo que comportaría un aumento considerable de la cooperación.

La Unión Europea es la tercera organización principal de la región mediterránea que tiene una estrategia relativa a temas securitarios en la zona. Su diálogo mediterráneo se conoce como Partenariado Euromediterráneo o Proceso de Barcelona y se inició en 1995. Los miembros de dicho partenariado son Argelia, Egipto, Marruecos, Túnez, Israel, Jordania, Siria, Líbano, la Autoridad Nacional Palestina y Turquía. En el año 2005 se celebró el 10º aniversario de este Proceso con una cumbre de jefes de Estado y de Gobierno en Barcelona en noviembre, bajo la presidencia británica de la Unión. La escasa presencia de los máximos dirigentes de los países del Sur fue interpretada como una señal negativa, particularmente respecto del primer pilar del Partenariado Euromediterráneo, a saber los temas políticos y securitarios. De hecho, el pilar económico y el cultural han ido mucho mejor y los instrumentos creados han dado resultados muy positivos. De todos modos, la falta de unos proyectos de cooperación efectiva entre los países del Sur, la falta de voluntad de participar en foros de seguridad en los que también esté presente Israel y un concepto de las relaciones internacionales, el poder y la soberanía tipo *real-politik* han hecho hasta ahora imposible la puesta en marcha de un esfuerzo serio para el desarrollo de un sistema de medidas de confianza y de seguridad. Se han llevado a cabo algunos intercambios encaminados a fomentar el entendimiento mutuo, y en algunos casos hemos asistido a la participación de fuerzas del Sur en operaciones humanitarias de la UE, como es el caso de Marruecos en los Balcanes.

Ha habido, además, diversas iniciativas de cooperación sub-regionales en el área de la seguridad que han tenido cierto éxito, como el acuerdo 5+5 firmado en Roma en 1990 y formado por Portugal, España, Francia, Italia y Malta, por parte del Norte, y Argelia, Marruecos, Mauritania, Libia y Túnez, por parte del Sur. Probablemente el bajo perfil (al menos en lo relativo a la opinión pública y a los medios de comunicación) de este acuerdo ha permitido superar las dificultades a las que ha tenido que hacer frente en diferentes momentos debido a las crisis en Argelia y Libia, y se ha convertido en un punto de referencia para otros proyectos de cooperación a una escala mayor que, de momento, no pasan de ser una ilusión.

Percepciones de la seguridad en el Mediterráneo

Algunas de las amenazas a la seguridad regional que han sido identificadas durante los primeros años del siglo XXI por parte de organizaciones como la UE o la OTAN incluyen el terrorismo, la proliferación de armas de destrucción masiva, el crimen organizado y los estados fracasados. La combinación de estas amenazas marcará sin duda las prioridades de las comunidades de seguridad y defensa en los grandes países de Europa. Estos países temen el impacto del terrorismo islámico en su suelo (incluyendo el posible uso de armas de destrucción masiva –ADM) como castigo por algunas de sus políticas que van en contra de los intereses fundamentales de los extremistas. Por otra parte, la permeabilidad de las fronteras y la flexibilidad en el movimiento de personas, capitales y mercancías en las democracias europeas (algo de lo que los ciudadanos de estos estados están orgullosos y a lo que no están dispuestos a renunciar) explican el incremento en la actividad de las redes del crimen organizado. En sus objetivos y modos de actuar, estas redes comparten algunas características con la mafia, que existe en Italia desde hace décadas y que actualmente actúa a escala global, y normalmente surgen en los países del Este antes de operar en el Oeste. Hasta ahora, estas amenazas tienden a valorarse en función del impacto doméstico que pueden tener en los países mencionados. Además, cuando estos países miran a su alrededor y ven a sus vecinos del Mediterráneo, incluyendo a Oriente Medio, temen que determinadas políticas desconocidas en algunos de ellos puedan incluir el desarrollo de algún tipo de ADM (ya que no todas las convenciones internacionales han sido firmadas por cada uno de los países del Sur). Finalmente, la inestabilidad política puede llevar a un debilitamiento de las instituciones estatales y al caos, convirtiéndose en uno de los mejores escenarios para el incremento en los índices de criminalidad, con potenciales efectos indirectos como las actividades terroristas tanto en el Sur como en el Norte. Las grandes naciones en Europa están preocupadas sobre todo por sus intereses nacionales en lo que respecta a la seguridad, aunque el desarrollo de una Estrategia Europea de Seguridad les permite reflejarse a sí mismos en esta estrategia y cubrirse con un manto de europeidad.

Otros países europeos –normalmente más pequeños y más ricos- podrían abordar el tema de la seguridad regional y doméstica desde una perspectiva más holística, que incluyera el bienestar de sus propias poblaciones en general y también la proyección en el ámbito internacional de sus principios más valorados. Más idealistas que el grupo ya mencionado (y también sin un pasado colonial tan importante, lo que les otorga un papel a desempeñar como potencias post-coloniales), estos países parecen creer

en la existencia de una comunidad internacional de seres humanos con derechos comunes y les gustaría ver que la paz y la estabilidad, así como unas condiciones humanas políticas, sociales y económicas decentes, se imponen en todas partes. Cuando se observa la región del Mediterráneo desde este punto de vista, la valoración es obviamente muy negativa. El temor a ser objeto de un ataque terrorista o de ver como las redes del crimen organizado operan dentro de sus fronteras se vence a menudo, desde el punto de vista de los países más pequeños, preocupándose por la situación de las personas que viven en los países en vías de desarrollo en la orilla Sur. La desnutrición y la pobreza, la enfermedad, la falta de libertades básicas y la existencia de unos regímenes corruptos y autoritarios son amenazas para la seguridad humana de estas poblaciones.

Finalmente, cuando contemplamos los regímenes de los países en vías de desarrollo en la región del Mediterráneo, vemos un mundo a menudo marcado por el orgullo y el prejuicio, preso de sus propias contradicciones e incapaz de satisfacer muchas de las exigencias procedentes de dentro o de fuera. La falta de desarrollo económico y de inversiones en la región se ve agravada por el bajo nivel de educación y de autonomía cultural de importantes segmentos de la población, así como por el funcionamiento de las instituciones económicas y jurídicas que entorpecen el florecimiento de los mercados y una distribución justa de las riquezas naturales. El papel fundamental de la espiritualidad y de la religión entre grandes masas de población en los países del Sur, en contraste con la exigencia cívica de protección de los derechos humanos, es fomentado por el Estado, que al mismo tiempo teme el resurgimiento del fundamentalismo político y las tendencias autárquicas que ello trae consigo. El concepto de seguridad desde el punto de vista de estos países no encaja ni con la visión holística de la seguridad humana ni con la visión realista. La seguridad no es ni siquiera una política diferenciada con objetivos e instituciones claramente delimitados. Más bien es algo mezclado con otras políticas y cuestiones de carácter nacional e internacional, como el mercado de trabajo (es necesario mantener un importante contingente militar y policial, por muy anticuados que puedan ser su equipo o sus métodos de instrucción), la economía, el uso de instrumentos de seguridad en favor de la propaganda estatal, el sentimiento de orgullo nacional, etc.

En este escenario es evidente que el concepto de seguridad en el Mediterráneo no es algo absolutamente nítido o compartido. No hay una solución única capaz de reunir las diferentes percepciones y marcos en un sistema que tenga en cuenta las preocupaciones colectivas. No hay, como hemos visto, muchas preocupaciones comunes a nivel político, ni mucho menos una clasificación común de prioridades a nivel estratégico y táctico. Cuando se firmó el Acta Final de Helsinki, en un momento en que dominaba el paradigma de la Destrucción Mutua Asegurada, los dos bloques enemigos compartían un interés común en una serie de asuntos relativos a la seguridad y a la defensa en Europa y en el mundo entero. Éste no es el caso en la región del Mediterráneo: las preocupaciones y las percepciones varían mucho, los estados ya no son la única fuente de amenazas a la seguridad, no hay alianzas parciales o sub-regionales fácilmente identificables y las ventajas de la cooperación (si se establece de común acuerdo una lista de temas securitarios) pueden no estar equilibradas. La Unión Europea, bajo la influencia de los países más grandes, ha adoptado por vez primera una estrategia de seguridad que tan sólo tres años después de

ser establecida ha quedado anticuada por una nueva visión global de la seguridad que ha hecho aflorar a primer plano problemas que algunos consideran más estratégicos y potenciales a largo plazo como el cambio climático, el acceso a recursos naturales como el agua y la energía, la emergencia de nuevas potencias nucleares, etc. Mientras tanto, el Sur sigue estando muy retrasado respecto a lo que actualmente debería ser la preocupación más importante para garantizar un futuro viable en cuanto a seguridad y a defensa, es decir, la reforma del sector de la seguridad.

Construir confianza y seguridad

Las medidas de confianza y de seguridad han sido tradicionalmente los instrumentos que ha desarrollado la comunidad internacional para incrementar el nivel de cooperación entre los actores estatales y para reducir el riesgo de acciones violentas. De acuerdo con la teoría democrática de la paz (las democracias no recurren a la guerra para resolver los conflictos), los regímenes basados en medidas de confianza y de seguridad podrían ser irrelevantes. Esto es probablemente cierto en el caso de las democracias avanzadas y parte de la retórica relativa al futuro de la OSCE y a sus crisis recurrentes tiene algo que ver con este argumento. Sin embargo, las razones subyacentes y la clase de medidas incluidas en el Documento de Viena de 1999 siguen constituyendo un enorme sistema para el intercambio de información y garantías que la comunidad de la seguridad debería valorar, y que de hecho valora. Tal vez debería ponerse más énfasis en el cumplimiento de las obligaciones, incluyendo una serie de incentivos, ya que, en la práctica, algunos de los miembros de la OSCE no han actuado de acuerdo con las normas (Rusia, Turquía y otros países, por no mencionar la guerra en los Balcanes).

Una de las dificultades a la hora de implementar un régimen de medidas de confianza y de seguridad para toda la región del Mediterráneo es la reticencia de los países del Sur a ceder la más pequeña dosis de soberanía en forma de acceso a otros de lo que es percibido por ellos como información vital para la estabilidad y la supervivencia del país. Este temor es probablemente mayor entre los propios países del Sur que podrían no ser capaces de repeler una invasión o un ataque de cualquier tipo si revelasen información militar. Esto podría reducirse si una serie de restricciones adicionales impidiesen a un país determinado trasladar a voluntad tropas y armas en el interior de sus fronteras, como es el caso en los países de la OSCE. Dicha medida representaría de por sí un alejamiento significativo del principio de no intervención, tan caro para los regímenes autoritarios.

Existe también cierta falta de interés por parte de algunos países europeos que consideran al Mediterráneo como una región remota. Esto es en parte natural, especialmente en el caso de los nuevos Estados Miembros de la UE. Sin embargo, durante la "crisis de las caricaturas" de 2006 empezó a producirse un cambio en el orden de prioridades que ha continuado posteriormente. La necesidad de hacer frente a estos malentendidos ha puesto en primer plano en Europa la creciente urgencia de abordar de un modo estratégico los temas relativos al Mediterráneo. En este sentido, los países que han ejercido tradicionalmente su influencia en la región y que han fomentado el diálogo con el Sur, como España y Francia, son considerados por el resto como los expertos.

En determinados círculos se ha producido una contraposición entre unas medidas de confianza y de seguridad blandas y unas medidas de confianza y de seguridad duras. Iniciativas a veces calificadas como Medidas para la Construcción de una Asociación, como las desarrolladas en el marco del Proceso de Barcelona (la Fundación Anna Lindh, la Asamblea Parlamentaria Euromediterránea, la red Euromesco y los seminarios de Malta) serían medidas blandas, por oposición a las medidas duras representadas por las medidas tipo Documento de Viena de 1999.

En el contexto de la seguridad del Mediterráneo en el siglo XXI, las medidas de confianza y de seguridad deberían adaptarse a las amenazas y a las fuentes de inestabilidad que son más comunes en la región. Debería ponerse en marcha una iniciativa para la reducción, el control y la eliminación de las ADM que abordase la cuestión de los programas conocidos y desconocidos de los países de la región. Las medidas políticas tendrían que desempeñar un papel importante en la prevención del crimen organizado y en las actuaciones contra el mismo, incluyendo políticas comunitarias que contribuyesen a identificar los refugios regionales y las prácticas ilícitas. En este sentido, las medidas de confianza y de seguridad de nueva generación podrían incluir como actores no sólo a los estados, sino también las organizaciones regionales, los ciudadanos, los organismos legislativos e incluso las comunidades religiosas. Cada uno de estos actores tiene un papel a desempeñar en la lucha contra determinadas amenazas particulares. Podemos incluso imaginarnos, en situaciones extremas, la participación de adversarios en la planificación de medidas de confianza y de seguridad en un intento de negociar el fin del terrorismo y otras amenazas a la seguridad con motivaciones políticas.

Conclusiones y recomendaciones

Esta última sección presenta una serie de recomendaciones para un diálogo político y securitario más provechoso en la región del Mediterráneo que integre los argumentos e ideas hasta ahora presentados.

Trabajar en las percepciones

Se ha hablado mucho de comprensión y aprendizaje mutuo, y de hecho se han hecho muchos esfuerzos por parte de los países europeos y del sur del Mediterráneo para desarrollar programas de intercambio para estudiantes y para fomentar actividades culturales que aproximen otras culturas a sus ciudadanos. Éste es un paso en la buena dirección, pero es obviamente insuficiente. Las percepciones del Otro están profundamente enraizadas en la mente de las personas, así como en las culturas y en las tradiciones. Tópicos, prejuicios e imágenes de Oriente se han ido instalando en la mente de las personas en el mundo occidental por lo menos desde la antigua Grecia, y viceversa. Las percepciones negativas y/o sesgadas del Otro se trasladan, tanto en los regímenes democráticos como en los autoritarios, en actitudes políticas que pueden poner en entredicho la inversión de recursos públicos en cooperación por encima de determinado nivel (en Europa, por ejemplo) o los avances hacia una actitud de mayor apertura respecto a la seguridad nacional (en los países árabes, por ejemplo).

No obstante, hay formas de contrarrestar el pensamiento automático acerca del Otro, y las sociedades democráticas y abiertas saben mucho de esto. La educación escolar, las actitudes transmitidas por los medios de comunicación, los discursos oficiales y el hecho de viajar son buenas maneras de enfrentarse a los estereotipos. La inversión en proyectos educativos y el control de los mismos tiene que ser una prioridad clave en los programas de sensibilización cultural.

Trabajar por una concepción compartida de la seguridad humana y de la dignidad humana

El concepto de seguridad humana se está convirtiendo en un nuevo marco teórico y práctico bajo el que la teoría idealista-liberal de las Relaciones Internacionales está tomando forma a principios del siglo XXI. La seguridad humana fue popularizada por Naciones Unidas en 1994 en uno de sus documentos y define la seguridad como aquel estado en el que los individuos están libres de temor y de privaciones. En el contexto de la seguridad del Mediterráneo, este concepto debería expandirse para incluir una serie de nociones que están mucho más presentes en las concepciones públicas de las naciones árabes, concretamente las nociones de dignidad, vergüenza y orgullo. Estos sentimientos o motivaciones no tienen por qué considerarse como algo negativo; al contrario, la seguridad humana podría incluir también la noción de ausencia de vergüenza entendida como un sentimiento individual causado por las acciones realizadas por estados e instituciones, tanto en el propio país como a nivel internacional. Esto tendría consecuencias favorables en las preocupaciones de muchos países de la región, sin representar un alejamiento de una visión liberal de los derechos humanos, la democracia y la seguridad humana.

Trabajar para mejorar las relaciones

Europa –y en especial determinados países europeos- tienen un porcentaje considerable de ciudadanos árabes y musulmanes, algunos de los cuales podrían estar interesados en ejercer una carrera diplomática o en llevar a cabo actividades de este tipo. Esto podría ser un factor positivo en los contactos diplomáticos y en la promoción de una política mediterránea para determinados países, así como para los diálogos y estrategias mediterráneas de la UE, la OTAN y la OSCE. Una negociación euromediterránea no tiene por qué llevarse a cabo solamente en inglés o en francés; si fuera posible que en ellas participasen diplomáticos europeos de origen árabe que hablasen la lengua árabe con fluidez, ello mejoraría la sensación de proximidad de los países del Sur hacia Europa.

Trabajar en las instituciones

Tendría que establecerse un fondo común para los temas relativos a la seguridad en el Mediterráneo administrado por una Fundación para la Seguridad Humana en el Mediterráneo. Los patrocinadores de esta Fundación serían la UE, algunos de sus Estados Miembros (concretamente aquellos que tienen más intereses en la región del Mediterráneo), la OTAN, los Estados Unidos y tal vez Rusia, así como un grupo de países del

sur del Mediterráneo (Mauritania, Marruecos, Argelia, Túnez, Libia, Egipto, Israel, Jordania, Siria, Líbano y Turquía). Otros miembros, probablemente con una función diferente, deberían ser la Agencia Internacional de la Energía Atómica (AIEA), la OSCE y el Banco Mundial. Dicho fondo proporcionaría los recursos necesarios para planificar e implementar aquellas actividades encaminadas a mejorar la seguridad que por su propia naturaleza son de carácter transnacional y que necesitan la cooperación de dos, y en ocasiones más, países.

Además, se establecería un Foro Político y Securitario Mediterráneo que se reuniría anualmente, y que se fundamentaría en los logros y propuestas de la Fundación ya descrita. Desde 1994 existe un Foro Mediterráneo pero sus objetivos no se han realizado plenamente. Este nuevo Foro podría tener una incidencia mayor en la creación de un espacio regular compartido para la discusión política y para generar confianza en la población de todos los países implicados.

Trabajar en una Agenda Política Común

La toma en consideración de las preocupaciones securitarias de todas las partes debería ser uno de los principios básicos en el futuro de los diálogos mediterráneos. Hasta ahora, han sido Occidente y sus instituciones (la UE, la OTAN, la OCDE) y los estados individuales, los que han establecido las prioridades en la lucha por la seguridad. Una estrategia política inclusiva que identifique las amenazas y que delimite soluciones debería tener en cuenta el contexto más amplio de los países del sur del Mediterráneo. Estos países forman parte de un continente más grande con una historia reciente de agitación política que afecta a los países árabes de muchas maneras, a pesar de la existencia de una línea divisoria, a la vez real e imaginaria, como la que representa el desierto del Sáhara.